CARMEN DE BURGOS (Colombine)

MALOS AMORES

EL LIBRO POPULAR

20 cts.

EL NÚMERO PRÓXIMO

Entre dos derechos, amor se titula una novela del joven escritor Jesús R. Coloma, cuya labor al frente de la Biblioteca Patria ha sido tan intensa y beneficiosa para la literatura.

En la obra que publicaremos la semana próxima demuestra Coloma su vigorosa personalidad artística y sus dotes de novelista. En ella hay pasión, tipos descritos con verdadero acierto y un estilo limpio y galano.

El correcto, el impecable Pedraza ha hecho para este cuento unos cuantos dibujos sencillamente primorosos.

Uno de los próximos números de EL LIBRO POPULAR ha de causar gran sensación, pues en él Benigno Varela, ese recio y valiente escritor, trata del atentado anarquista que en tan grave peligro puso la vida del rey en París.

La defensora del Rey se titulará la narración de Varela y ya su título despierta la curiosidad pública.

LIBROS QUE LEER

Hablaremos en esta Sección de los libros y revistas cuyos autores ó editores nos remitan dos ejemplares.

Obras de Maurice Maeterlinck, traducidas por G. Martínez Sierra.

Mauricio Maeterlinck es una de las figuras más interesantes de la literatura europea contemporánea. La admiración universal que despiertan sus obras ha sido confirmada con la alta sanción del premio «Nobel» que alcanzó el pasado año. La honda espiritualidad, la sutil filosofía de toda su labor están realzadas por las más primorosas galas de la forma. Mauricio Maeterlinck, altísimo poeta, es un místico que no cree en nada, pero que busca á Dios y espera encontrarle. Entre su obra total, toda admirable, destacan especialísimamente sus obras de teatro. Se le ha llamado «el Shakespeare belga», y en efecto sus poemas dramáticos tienen dentro de la vaguedad de ensueño que envuelve la acción, el tiempo y el lugar en que se desarrollan, raíces tan fuertes de humanidad y tan hondos vislumbres de psicología que hacen en no pocas ocasiones á sus personajes dignos hermanos de Hamlet y Julieta. Sus figuras de mujeres arrastradas por el amor y la fatalidad y segadas por la muerte hablan al corazón con tan persuasivo lenguaje como Ofelia y Miranda. La Biblioteca «Renacimiento» ha querido servir á sus lectores el teatro completo de Maeterlinck, esta joya del arte contemporáneo, dignamente puesta en castellano, y á este fin ha encargado de la traducción al ilustre dramaturgo y sutil poeta Gregorio Martínez Sierra. Acaso el espíritu del autor de *Canción de Cuna* sea el más capaz dentro de la actual generación literaria de comprender la espiritualidad á un tiempo serena y atormentada del autor de *La intrusa*. No hay que olvidar que la primera tentativa dramática de Martínez Sierra llevó por título *Teatro de ensueño*, y que antes de encauzarse por la senda de sincero y sereno realismo que es característica de su dramática actual, el espíritu inquieto del autor de *La casa de la primavera* vagó y divagó largamente por jardines tan irreales y quintaesenciados como los que sirven de fondo á la tragedia de *Pelleás et Melisande*. Están, por lo tanto, de enhorabuena los aficionados al deleite de los bellos sueños melancólicos, dichos en floridas y sutiles palabras. «Renacimiento» edita la obra, cuyo primer volumen aparece hoy, con el primor que tiene por costumbre. Este primer tomo contiene las obras siguientes: *La princesa Malena, La intrusa, Los ciegos:* tres de las más populares del autor. Lleva una deliciosa portada de Marco y se vende al precio de 3,50 pesetas.

El segundo volumen, que saldrá en breve, contiene *Peleás y Melisanda, Aladina y Palomides, Interior* y *La muerte de Tintagiles*.

«Renacimiento» adelanta á sus clientes otra buena noticia. Visto el éxito de la novela *Tú eres la paz*, recientemente publicada, Martínez Sierra, abandonando por ahora sus tareas teatrales, se ocupa en terminar otra novela, *La hora del Diablo*, cuya primera parte está en la imprenta y que aparecerá en breve.

EL LIBRO POPULAR
REVISTA LITERARIA
Núm. 11.—17 Marzo 1914.
Director
ANTONIO DE LEZAMA

MALOS AMORES

La campana que llamaba al comedor tenía algo de imperativo, como si sonara de la otra parte de un arco que era necesario traspasar para que comenzase una nueva vida. Aquella primera comida en el buque, cuando aún no se había borrado la silueta de la tierra, obligaba á secar las lágrimas, á lavarse los ojos enrojecidos y á presentarse con el semblante compuesto, disimulando el dolor ó la inquietud.

Hacía pocos minutos se habían visto todos sin prestarse atención, absortos en sus propios sentimientos, en el dolor de las despedidas, en el estremecimiento de temor de lo desconocido, en la impresión tristísima de lo irreparable, experimentada en aquellos instantes en los cuales, el barco, con engañadora lentitud, se había separado de la orilla, dejando entre la tierra y ellos aquel canal ancho y profundo que á cada segundo se iba agrandando implacablemente. Había en todos los corazones una ansiedad de escapar de allí, de volver á la tierra que dejaban, como si algo muy recóndito y muy íntimo se desarraigara de ellos con un desgarrón doloroso.

Primero consejos, recomendaciones, apretones y besos apresurados, como si quisieran verterse todos en aquellos últimos instantes; después, manos que se tendían anhelosas, pañuelos y sombreros que se agitaban; gritos confusos de despedida, en los que cada uno se esforzaba por reconocer una voz; después un rumor reproducido á intervalos é interrumpido por el cansancio. Las siluetas empequeñeciéndose, borrosas, esfumadas; y por último, la masa confusa en que se pierde todo.

La campana dejó oir su segundo toque. Todos los hombres se apresuraron á ponerse la levita para acudir al comedor y las mujeres compusieron casi instintivamente los rizos y el tocado.

Hay al entrar por primera vez en el co-

medor del barco algo de desconcierto. De una parte está muy cercano el recuerdo de la despedida y de otra empieza á sentirse el malestar de un viaje y una vida desacostumbrada. Hasta aquel lugar privilegiado del centro del buque, reservado á la brillantez del pasaje de cámara, llega el ruido del cordaje, de la herrumbre y el maderamen y el estremecimiento del trepidar de las máquinas. Hay un presentimiento de peligros ignorados que se aquieta ante el aspecto tranquilo de los otros viajeros.

Todos los diálogos son para darse ánimo:

—Hace buen día.

—Vamos á tener buen tiempo.

—Está el mar sereno.

—No parece que se mueve el barco.

—Apenas se nota.

El jefe de los camareros, correctamente vestido de frac, va señalando su sitio á cada uno. Es el acaso, el capricho de este hombre el que ha de poner en contacto íntimo, durante las horas confidenciales de las comidas, á unos pasajeros con otros durante la quincena que debe durar la travería desde la costa europea á la costa americana.

Todos se miran con curiosidad encubierta, con un poco de desconfianza y un fondo de hostilidad. Se pasa revista á las personas y se analizan los gestos y los trajes. El comedor tiene algo de comedor de gran hotel; pero todos los muebles dejan escapar el secreto de su solidez y de sus precauciones. Las mesitas macizas, los sillones rotativos sujetos al piso, las lámparas clavadas en las tablas. Sin embargo, la albura de los manteles, la alegre brillantez de la porcelana y la cristalería y el abuso de blancos y dorados en la decoración del techo y las paredes atenúan la nota severa. En el testero principal, presidiendo desde el puesto de honor, el retrato de una reina, con traje descotado, pieles de armiño y una cola muy larga, ofrece el prestigio de la realeza que expresan su armiño, su larga cola y su dorada corona sobre la frente.

Es el día de los saludos reservados, la ligera inclinación de cabeza, las conversaciones entre amigos y familias son escasas y en voz baja, y entre los desconocidos que ocupan una misma mesa se limitan á los pequeños servicios de cortesía.

—Aquí tiene usted la sal.

—Gracias.

—¿Me hace el favor de la carta?

—Con mucho gusto.

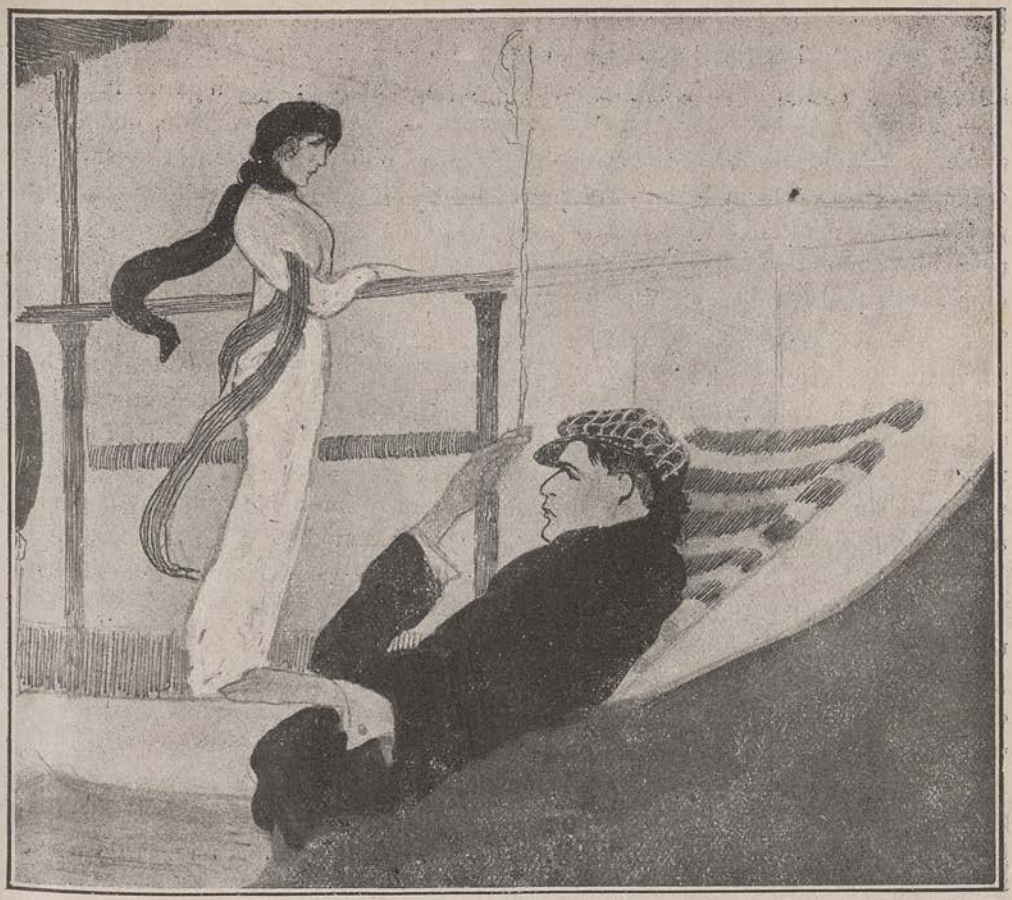
—Gracias.

De pronto una dama se levanta tambaleándose y sale apoyada en un solícito camarero. Un momento más tarde sale repentinamente otra señora. Un caballero presta auxilio á otro para que abandone el comedor.

—Empiezan los mareos —comenta uno tristemente.

—Apenas se mueve —responde otro—; si fuera como la travesía que hice yo en Mayo de 1888. Entonces... —Y halla ocasión de contar las peripecias y peligros del viaje cuyo relato horroriza á sus dos vecinas de mesa, dos señoritas, tía y sobrina, ricas americanas, solteronas, que verificaban un viaje de placer, con tan mala suerte que sólo habían visto de Francia y de Italia los cuartos de los hoteles en que habían estado enfermas. Contaban las ciudades por sus enfermedades: El catarro de Pisa, el cólico de Roma, la fiebre de París, y hablaban de médicos y específicos, como de las únicas novedades que conocían.

—Sólo eso nos hubiera faltado —exclamó con pavor la más anciana dirigiéndo-



se á su sobrina—. ¡Quién sabe todavía!

—Este viaje nos ha costado mucha plata —explicó ésta— para venirnos sin ver nada; la tía no ha podido *ocurrir* (1) á ninguna parte.

—¿Cómo eso?

—La nostalgia de la patria.

—Este viaje va á ser en extremo aburrido —decía en otra mesa un señor gordo y calvo, con la mano cubierta de sortijas y aspecto de rico empresario—; no vienen elementos. El último viaje que yo hice venía una compañía de zarzuela; ocho tiples y cuarenta y dos coristas. ¡Qué muchachas tan alegres! ¡Qué bien se pasaba! ¡Eran el demonio! Yo sentí llegar.

—Es que en estos barcos españoles no se puede viajar —interrumpió un jovencito rubio y delicado, que llamaba la atención de las damas con sus uñas bruñidas y sus labios empurpurados—. En los *Cap* da gusto; no hay nada como esos alemanes. ¡Qué lujo! Los hombres tenemos que vestir de levita para el almuerzo y de frac á la hora de la cena, y las señoras siempre descotadas. Se baila, se canta, eso anima y hace agradable la travesía.

—Lo peor es que no tenemos *muchachada* —agregó un argentino—, pero la orquesta *suena bien* y aún podrá organizarse alguna fiestecita.

(1) Suelen usarlo las americanas por concurrir.

—Sobre todo al paso del Ecuador —repuso el joven.

—Si llegamos —intervino con una especie de gruñido un hombre corpulento, de grandes manazas mal cuidadas y aspecto rudo que introducía los dedos en el plato y sacaba del bolsillo el pañuelo para limpiarse los labios sin fijarse en la servilleta, con gran escándalo de sus aristocráticos vecinos.

De pronto una ola de perfume pasó por el comedor, acababan de entrar dos jóvenes bellas y elegantísimas, vestidas á la última moda del Boulevard con faldas abiertas y grandes descotes.

Todos los hombres se fijaron en ellas.

—¡Qué quesitos! (1) - exclamó el argentino!

—¡Bellísimas! — repuso el empresario dirigiéndoles los lentes—. Una morena y una rubia que quitan el hipo.

—Creo que son dos bailarinas —exclama el joven.

Las dos señoras fueron á sentarse ante la mesa que les estaba destinada, entre un viejo imperialista francés, retirado del ejército, que iba á comerciar á Dakar y otro señor alto y delgado que parecía absorto contemplando á una jovencita de pelo oxigenado, sentada entre su hermanita y su padre, el cual informaba á su vecina, una dama alta y morena, de las pretensiones de artistas que llevaban á Buenos Aires.

—María Luisa es pianista —decía tartamudeando el padre, y la pequeña Julieta un primor en el arpa, no es que yo lo diga... (su mano buscaba en el bolsillo entre un ciento de fotografías y recortes) lo han afirmado los mejores críticos. Cuando doña Rosa González las *sienta sonar*, nuestro gobierno les dará una pensioncita.

La mayoría de las señoras se mostraban inquietas por la presencia de las bailarinas. Una marquesa italiana, que ocupaba con su hija un lugar en la mesa del comandante, les dirigía los impertinentes, mientras que una gruesa dama catalana miraba inquieta á su obeso marido, que se permitía un chiste de mal gusto á propósito de las recién venidas, con un viejecillo, acartonado, al que acompañaba una hijita modestamente vestida de percal, como una criada, aunque poseía una fortuna fabulosa.

La orquesta había empezado á tocar en el salón inmediato y muchos pasajeros se levantaron para hacerse servir allí el café, sin que nadie prestase atención á la música, aunque todos agradecían el que apagara con sus ecos los ruidos del barco y el rumor del oleaje que chocaba contra los costados.

Casi todos los pasajeros empezaban á sentirse mal. La mayoría escapaba de los salones para subir al puente de paseo y respirar el aire libre, tendiendo la mirada por un horizonte más amplio donde se notase menos el movimiento de costado que se acentuaba tanto dentro de aquel comedor, cuyas ventanas daban á conocer la oscilación enseñando unas veces sólo el agua y otras sólo el cielo en su continuo balanceo.

—Es terrible esto —decía la señorita americana apoyándose en el brazo de la sobrina—. Está visto que no puedo *ocurrir* al salón, me exacerba de tal modo el olfato, mi estado nervioso que distingo sin dificultad los colores de las cortinas, de las sillas, de los cueros y del pavimento.

Y mientras todos se alejaban los músicos seguían pacientes su tocata sin más auditorio que el comandante del buque y otros dos señores, los cuales charlaban amigablemente sin ocuparse de ellos.

(1) Piropo ameticano.

II

Los dos primeros días del viaje transcurrieron del mismo modo monótono. El comedor estaba casi desierto, una gran parte del pasaje sentía los tormentos del mareo y la clase de lujo estaba silenciosa y desanimada.

Eran ellas las únicas pasajeras que se tenían en cuenta; los quinientos emigrantes de ambos sexos, entre los que iban muchos niños, no figuraban con sus nombres sino como números ú objetos del cargamento.

Y sin embargo, era la gente más bulliciosa del barco; aunque el tiempo era bueno, muchos habían sufrido los efectos del mareo. Se veían sobre cubierta pobres mujeres pálidas y ojerosas á cuyo alrededor jugaban los chicuelos, subiendo y bajando por sus faldas; entre grupos de hombres macilentos y astrosos que pasaban una gran parte del tiempo en mística contemplación del oleaje.

Muchos de ellos formaban partidas de juego de naipes y de azar, de un modo que recordaban el patio de una cárcel en la hora del recreo.

La gente moza se entretenía rasgueando la guitarra y cantando coplas de la tierra; ya una doliente petenera, una aguda soleá ó una vibrante jota, las cuales parecían, al extenderse sobre la amplitud de los mares, llorar el doble dolor del alma árabe desterrada de su patria y el dolor del alma española, contristada al abandonar el suelo nativo para buscar en playas ingratas una incierta fortuna.

La vida se hacía cada vez más cansada y más monótona para todos. Eran siempre las mismas personas, el mismo lugar, el mismo paisaje inmutable de aquel mar blanquecino, con su aspecto de redondez en el horizonte y aquel cielo, interrogado constantemente con inquietud, en el que de vez en cuando jugueteaba una nubecilla. El espectáculo de un delfín saltando al lado del barco, la aparición de una ballena, la silueta de una isla que se dibujaba á lo lejos, ó la proximidad de otro buque eran los momentos que venían á interrumpir aquella desoladora calma.

El tiempo se marcaba sólo con dos momentos. El toque de la sirena al mediodía y la puesta del sol que, además de atraer á todos con su belleza, parecía señalar, como si una cuenta de un rosario larguísimo se deslizase entre los dedos, un día menos en su calendario de viaje.

Las horas de comer, las horas de la música y los paseos por el puente eran la única diversión. Después del almuerzo, al salir del comedor, todos se dirigían al cuadro de anuncios donde aparecían las millas recorridas, el estado del tiempo, las longitudes, latitudes y presión atmosférica, y los *marconi* recibidos. Eran éstos un eco de vida enmedio de la soledad, algo que parecía ligarlos á la tierra, pero que siempre dejaban el descontento, el deseo de saber más como si se tratase de un gran periódico roto, llevado allí por el viento, que daba el deseo de leerlo entero.

—¿Le parece á usted interesante la noticia de hoy? —exclamó el joyero catalán gordo y barrigudo, apoyándose con más fuerza en el brazo de su esposa, la dama de formas opulentas que no lo abandonaba jamás—. «El duque de Fife ha abierto el baile con la princesa de Cornaut en el palacio de...» ¡Como si esto nos importara aquí!

— *Y cómo no, mi amigo* — respondió el argentino, arreglando la solapa de su levita — eso trae una nota *chic* y distinguida.

Y sin esperar la contestación del joyero, corrió solícito á saludar á una dama, vestida de negro, que le contestó sin mirarlo apenas, absorta en la contemplación de las banderitas nacionales que señalaban la ruta en el mapa murmurando; melancólicamente.

—¡Sólo cuatro!

Navegaban ya durante cuatro días y en ese tiempo se había hecho el milagro de la aproximación de unos pasajeros á otros en presentaciones casuales ó espontáneas. Ya se conocían todos los nombres y empezaban á correr murmuraciones é historietas de boca en boca. Aunque los pasajeros de primera clase no pasaban de cuarenta formaban un pequeño pueblo, que, en su chismografía diaria, parecía haber olvidado los peligros de la mar y lo transitorio del viaje; como si éste hubiera de formar un estado definitivo.

Todos tenían cierto rencor á aquella mujer silenciosa y alejada, sin esfuerzo, de las demás y que parecía poseer todos los secretos, por efecto de una involuntaria y constante observación y que tal vez á causa de su mismo alejamiento se granjeaba la amistad y las confidencias.

Las bailarinas provocaban el enojo de las señoras. Las dos americanas no las veían pasar jamás sin formular como una amarga queja.

—¡Estas no se marean!

—Pero marean á todo el mundo —decía la obesa catalana—es escandaloso lo que sucede. Se pasan la vida en el Bar fumando cigarrillos y jugando al monte con todos esos imbéciles que se dejan desplumar por ellas.

—Si sólo fuese eso estaría bien —intervino la marquesa italiana—, pero vienen al salón á lucir sus escandalosas toilettes y los señores tienen la impudicia de atenderlas y bailar con ellas. Mi hija está privada de bailar.

—Saben ustedes lo que sucede —decía una señora alta y huesuda—. Que esa bailarina morena es una mujer de cuidado. Todos los brillantes que lleva los ha robado á un príncipe ruso.

—Pues peor es la otra rubita con su cara bondadosa de muñeca bobalicona. Ha engañado á un hijo de familia, lo ha arruinado y cuando lo ha dejado sin un cuarto ha escapado para buscar otro imbécil. El pobre muchacho quería casarse con ella... y ha jurado matarla. Viene en un vapor detrás de éste. Lo he sabido por un *marconi*.

Otro día las murmuraciones seguían distinto cauce.

—Esa señora de los gorros de color que tan desdeñosa se muestra con todos se entiende admirablemente con el señor rubio que la acompaña siempre.

—Pues parece una mujer seria.

—Va á reunirse con su marido.

—Dicen que es casada.

—De la mano izquierda.

—El argentino lo ha dicho.

—Despecho. Bien claro le hacía el amor y ella no le atendía.

—Se ha consolado con la bailarina morena.

—La rubia tiene un idilio con ese joven rubito y delicado que parece una señorita.

—Ayer lo vió Adela á las tres de la mañana salir de su camarote vestido con un pijama de señora.

—¡Oh! Es que de noche se ven muchas cosas. Mi marido se divierte bastante observando. El padre de *la niñita de percal* ronda en cuanto apagan la luz cerca del camarote de las bailarinas; hasta que sale la criada y lo arrastra en pos de ella tirándole del brazo.

BART.

—¡Qué asco de viejo! Se gastará el dinero en eso y miren cómo tiene á la hija.

•

—El señor alemán persigue á la pianista rubia.

—¡Pero si es casado!

—¿Y el padre de ella?

—Está tranquilo, es una niña muy mística, se pasa el día con el libro de oraciones en la mano.

—Lo cual no le impide cambiar lánguidas miradas con el director de la orquesta.

—Mientras, el alemán corre por todos lados tratando de sacar su fotografía.

•

—Es curioso, en este barco parece que vamos jugando al gato. La bailarina desembarcará en el Brasil para hacer que pierda sus huellas ese amante que la viene siguiendo, y en cambio, ese señor de las grandes manazas, que mete los dedos en el plato, corre detrás de su mujer, una linda jovencita que á los dos días de celebrarse el matrimonio se escapó con las alhajas.

—Pobre de ella si la encuentra; parece un hombre terrible.

—Creo que se contentaría con que volviese á su lado. No trata de vengar su honor sino de recobrar su felicidad.

—Así se le ve todo el día en la proa, con la cabeza al aire y las manos apoyadas en la baranda, como si empujase al barco para llegar más pronto.

•

—Parece que la hija de la marquesa se aficiona demasiado de sport con el comisario de abordo.

Todas estas conversaciones, pocas veces inocentes, mantenían el interés de la reunión de damas que se agrupaban en el salón, excluyendo con algo de despecho á los hombres de su sociedad.

Así desde que pasaron Dakar la vida se había hecho más aburrida, más monótona; parecía que el barco rasgaba los soledades, igualmente densas, la de mar y la del cielo, solo y perdido en medio de aquella inmensidad aterradora. Daba la impresión de subirse una cuesta, en el inmenso desierto del agua, para precipitarse después en un mundo nuevo y desconocido. La línea del Ecuador parecía tomar una realidad matemática, algo tan material que se esperaba el salto del barco, semejante al de un caballo que salta una valla, al cruzar la línea imaginaria.

Aquella soledad del mar, con su olor acre y picante, adormecía y despertaba los sentidos á un tiempo mismo.

Las personas, que en otro lugar se hubiesen tratado con indiferencia, intimaban allí con una amistad dulce ó se miraban con rencor invencible. Las mujeres jóvenes adquirían un atractivo extraordinario, un ascendiente sobre sus compañeros, que cambiaba la simpatía en amor, profundo é inquietante, hasta el punto de borrar la noción del escaso tiempo de data en su conocimiento. Era una vida nueva, una vida breve; pero intensa y completa; cuyo principio se había perdido

y cuyo fin no acertaba á vislumbrarse.

Aquella noche de calma y de calor tropical, el barco avanzaba lentamente, como si subiera la cuesta ecuatoriana, rasgando el silencio de las aguas con el batir dela hélice.

Hacía rato que habían cesado el rasgueo de las guitarras y el rumor de los cantos de los emigrantes; los pasajeros de primera clase se entretenían con la orquesta del salón ó con el juego del Bar; y el buque, con las luces encendidas, brillante como un farol, parecía una estrella fugitiva sobre aquel cielo del agua.

—¿Qué hace usted aquí, Elisa?— preguntó el argentino á la linda rubia—. Abandona usted á su compañera.

—Déjeme usted en paz —repuso con brusquedad la joven—, allá dentro me ahogaba. Esta noche tengo deseo de respirar aire.

Y volviendo la espalda se alejó para apoyarse en el barandal del puente, perdiendo la mirada en la negrura de las sombras, como si mirase con los ojos cerrados.

—Bien, amiga mía, bien —dijo paciente el americano—. Si la molesto *me mando mudar* (1).

Elisa quedó absorta en una contemplación interior, perdida en aquella inmensidad cuya grandeza la conducía de tal modo á la negación absoluta que le hacía sentir la sensación de la nada en torno de ella.

Una voz dulce, algo infantil, vino á despertarla de su ensueño.

—¡Elisa!

—¿Es usted Raúl?

—Sí, la he echado de menos en el bar y he venido á buscarla.

—¿Qué hay por allí?

—Lo de siempre; nada que pueda interesarnos.

—Habla usted en plural.

—Sí, Elisa; ni usted ni yo estamos de acuerdo con la vulgaridad de las gentes que nos rodean.

—¿Acaso no cree usted que todos los que van con nosotros piensa igualmente de sí mismo?

—Déjese usted de vaguedades y escúcheme. Es usted la única persona que está cerca de mi corazón, la única que con su sola presencia me ha curado de mis dolores... ó acaso la que me ha hecho sentir el único dolor verdadero: el dolor de olvidar.

Guardaron un momento de silencio y la mano pulida y blanca del jovencito buscó la delicada mano mórbida de la bailarina.

—Usted no ha cruzado hasta ahora el Atlántico, amiguito, y siente su impresión imperiosamente. Aquí parece que todo cambia; que todo se olvida; que la vida tiene una transparencia inusitada y hace ver las cosas con un prisma distinto del que se veían hasta ahora.

Quiso protestar el jovencito y ella prosiguió:

—Yo he pasado muchas veces este camino. Es decir, que he vivido muchas vidas. Siempre detrás de otra sola vida de imposible realización.

—Está usted triste, no lo creería nadie.

—Para qué dejar conocer la verdad. Este es un momento sincero, usted lo sorprende casi con una traición que me obligará á aborrecerle en lo sucesivo.

—Entonces —continuó él con acento celoso— tal vez sea verdad lo que se dice...

Se irguió ella bruscamente y le sujetó con fuerza del brazo.

(1) Mandarse mudar: modismo que significa irse.

—¿Qué? ¿Qué se dice?

—Yo... —balbuceó Raúl.

—Se dice —continuó ella exaltándose— que soy una infame, que soy muy mala, que he causado la ruina y la desesperación de mi amante, que he huído de él y que él corre detrás de mí por ese mar obscuro que se queda detrás y en el que mi deseo le dejaría sembradas tempestades.

Se detuvo fatigada con los ojos brillantes y volvió á repetir:

—¿Es eso lo que se dice?

—Sí, pero...

—Usted me cree también mala.

—No... no puedo creerlo, la amo á usted —exclamó él con vehemencia.

—No —rechazó ella sin prestar atención— no me ame usted... Pero no me crea mala. Es una puerilidad el que me importe esto... no sé por qué... pero me importa.

—Acaso todo es mentira —añadió él.

—No —repuso con firmeza ella—; no; todo es verdad. La fatalidad de la vida... de nuestras vidas... me ha amado... se ha arruinado... ¡Yo qué podía hacer después! Quiso sujetarme á su lado; me amenazó, me dijo que me iba á matar. ¡Si me hubiera dicho que se iba á matar él!... ¡Quién sabe! Pero todo es ya inútil quiero seguir mi vida... mi vida... Ese amar me inutilizaría.

—Pero ese hombre quería casarse con usted —insinuó Raúl tímidamente.

—Qué más da. ¿Sabe usted á cuánto nos obliga la persecución de un ideal? Yo no sabría ya renunciar á los aplausos, á las alegrías del tablado, al ruido, á las luces... —y bajando la voz— á tener brillantes como los de Celia.

—Me apena usted Elisa, yo no puedo ofrecerle más que amor.

—No sea usted niño. En usted no hay más que esta sugestión del mar, del viaje.

—Le juro...

—No me jure nada. Somos excelentes amigos. Estamos siempre juntos, charlamos. Es lo mejor que podemos hacer.

—Pero usted sabe.

—Todo, Raúl, todo; ya me lo ha contado usted y lo que no lo he adivinado yo. Sé su *historia*, su breve historia; su vida de estudiante en Londres, sus amores con esa inglesita de cuello largo y semblante de efebo cuyo retrato lleva usted en la cartera. La ingratitud con que la abandona, amándola, para ir á la Argentina á casarse con la rica heredera, la *niña bien* que le prepara su familia en ese país de *negocio*. Esto es lo que usted me ha dicho. Yo sé más, usted piensa llamar á su lado á su amiguita de Londres después de casado, como han hecho otros muchos... Tal vez lo haga... pero no asegure nada hasta que ponga el pie en la otra orilla. No sabe usted cómo cambian los sentimientos, que no son profundos, al pasar de un mundo á otro.

—Yo...

No pudo acabar su frase de protesta. El ruido de la sirena, resonó como una amenaza en la obscuridad de la noche.

—¿Qué sucede?

—¿Qué pasa?

La gente se precipitaba sobre cubierta.

—Un buque de la misma compañía que esté á la vista.

Un foco de luz, como un faro lejano parpadeaba rajando las nieblas en el extremo de aquel sendero invisible, trazado en la carta que no podían distinguir los ojos.

Los dos buques marchando á toda máquina en dirección contraria se acercaban rápidamente.

Bien pronto el nuevo trasatlántico se destacó en la sombra con la guirnalda de luces, que dibujaba las puertas, los pa-

seos, los ojos de buey de los camarotes bajos y las ventanas de los departamentos de lujo. Los palos altos ostentaban las luces de colores que les servían de señal. Esas dos luces de la proa y de la popa que parecen marcar la magnitud del barco; mientras que en el centro, el

blancos de la marcha sobre el fondo azul y una gritería ensordecedora, apagada por el saludo de ambas sirenas desgarró el aire.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

brillante foco eléctrico guiñaba rápidamente la brillantez de sus rayos para hablar con su compañero transmitiéndole las noticias interesantes, en aquel lenguaje convencional, que por extraña asociación de ideas, recordaba los rápidos signos de la mano en la dactilografía.

Cuando los dos barcos estuvieron á poca distancia las aguas se iluminaron en torno de ellos dejando ver los remolinos

Los tripulantes de los dos barcos se saludaban á gritos. Eran los emigrantes los que más chillaban. Se les veía como sombras fantásticas subidos en las cuerdas, en los fardos, en los palos, con las gorras en la mano agitando los brazos y gritando su *adiós* á los otros viajeros.

El ejército de la miseria que iba en busca de sus ilusiones de fortuna saludaba á aquel otro ejército de inválidos que re-

tornaban á la patria vencidos y deshechos y que habían truncado su caudal de esperanzas en un caudal de odios. Por lo pronto el deseo de escapar, de volver á Europa, de pisar tierra suya... después, con la miseria y la impotencia reconocida, el abatimiento ó la anarquía, según el carácter de cada uno.

Parecía más apagado, más melancólico, más doloroso el eco de aquel *adiós* de los que volvían, como si encerrase en sus sílabas el desencanto de un consejo que no podían dar. La compasión hacia los que empezaban á recorrer la senda de su calvario.

Después de un momento la obscuridad se extendió entre los dos buques, los ruidos cesaron y los ramilletes de luces fueron hundiéndose poco á poco en la obscuridad del horizonte, como brasas encendidas que se apagasen en las aguas.

Los pasajeros formaron grupos hablando entre sí para volver al salón, al Bar ó á sus camarotes.

—Ahora nos toman por amantes —decía Raúl envalentonado por la dulce presión del brazo de Elisa.

—¿Le perjudicará á usted eso para su matrimonio?

—¿Pero usted cree que me interesa algo mi prometida? —preguntó él á su vez.

—¡Qué se sabe!

—Es usted, usted, usted sola la que me interesa, Elisa, y no hay razón para que se niegue á hacerme feliz cuando todo el mundo cree...

—¡Silencio!

—¿Se ofende usted?

—No, amiguito; yo no me ofendo de esas cosas. Pero tengo el capricho de que guarde usted mi recuerdo y sienta nuestra separación. Por eso no seremos amantes.

—¿Ha visto usted cuántas parejitas?—preguntaba á su amiga la catalana—. La dama de los gorritos estaba en lo más obscuro del puente con su amigo ¡Y el pobre marido que la espera!

—Y Raúl estaba con la bailarina.

—En cambio la niña pianista se ha quedado en el salón con el maestro de música.

—¡Estas noches del Atlántico!

Tenía razón eran las noches las cómplices de todos aquellos amores. Conforme avanzaban en la onza tropical, los pasajeros abandonaban el salón para pasear sobre cubierta contemplando aquel cielo azul intenso, en el que empezaban á aparecer constelaciones desconocidas, mientras se iban perdiendo, allá á lo lejos, las viejas constelaciones del emisferio boreal.

Elisa y Raúl parecían sostener un idilio; se les veía siempre juntos, en todas partes y á todas horas. Los pasajeros creían al joven el afortunado amante de la bailarina y le envidiaban su fidelidad. Elisa, confidencial y tierna con él pero cruel en el fondo. Le dejaba hablar de su amor, acompañarla, recibir sus confidencias, pero empleaba en sus relaciones una castidad extraordinaria.

—Es una voluptuosidad nueva la de la resistencia —decía—. Encuentro un placer en que nos calumnien y en que todos se engañen creyéndonos amantes. Además, así voy ganando el que todos los imbéciles me dejen en paz.

Celia se indignaba. Ella no perdía el tiempo. Las amistades con el empresario con el argentino y hasta con *Manos de elefante*, que á pesar de correr tras su infiel esposa, había sido sensible á los encantos de la hermosa morena, le habían rendido pingües productos.

—Eres una romántica insoportable —le

decía á su amiga— así no se va á ninguna parte.

La joven pianista y el director de orquesta estaban cada día más enamorados. La inocente niña, educada en un convento de monjas, y siempre con el libro de horas en la mano, empezaba á olvidar sus devociones para conversar con el músico. Ella era una gran admiradora de la melódica música italiana, la única que conocía. El maestro le revelaba en aquel viaje un mundo nuevo con aquella música armónica, sabia y vibrante de los maestros del Norte. La niña aprendía con la música los nombres de los compositores, sus biografías, sus historias y sus anécdotas. El músico, por el camino del arte, llegaba á escabrosas relaciones de amor que hacían latir el corazón de la virgen con el dable fermento de la poesía del arte y de la fuerza acre del mar. Así es que la noche en que el músico sorbió sus labios en un beso, sin haberla hecho ninguna declaración amorosa, ella siguió tan dormida en su ensueño como si fuera una nueva partitura que se la revelara.

El padre y la hermanita pequeña apenas se cuidaban de aquel amor. El buen señor pasaba el día jugando al dominó con la marquesa, muy satisfecha de que su hija hubiese sido pedida por el Comisario de abordo. La buena señora, que ya no conservaba más fortuna que sus pergaminos, había casado á sus tres hijas mayores con la complicidad de los largos viajes en barco. La proporción de ésta no era buena, pero la madre se consideraba feliz porque era la que más trabajo le había costado colocar. ¡Pasar tres veces el Océano!

Fué el francés enamorado de María Luisa el único que se dió cuenta de todo. Se le vió ponerse más triste, más pálido, menos comunicativo y encerrarse en su camarote, donde se hacía servir la comida, sin salir nunca de él.

—El ser casado no significa nada —decía el músico á la niña—. Ya verás cómo yo no hago caso de mi esposa. Es como si fuese una persona de familia, una parienta lejana, menos aún... Una especie de camarera.

—Pero, estaremos lejos.

—No. Nos veremos todos los días, mi corazón es sólo tuyo, nos une nuestro arte.

Y así, entre sonatas y relaciones musicales, se mezclaban besos y promesas, adormeciéndose ambos en aquella especie de enervamiento con que el largo viaje iba influyendo sobre todos.

Los amores más intensos eran los de aquella dama á la que las otras viajeras designaban con el nombre de la señora de las gorritas. Era una mujer de mediana estatura, de edad indefinible, muy morena, de ojos brillantes, labios jugosos y facciones muy pronunciadas, á la que había valido su sobrenombre la variedad de tocados extraños, de colores brillantes, algo orientales, con que se presentaba siempre en el comedor.

Poco comunicativa, no había hecho amistad con nadie y casi todos ignoraban su nombre. Se decía que era una entretenida que iba á reunirse con su amante y otros sostenían que volvía de un viaje á Europa para ir de nuevo al lado de su marido.

Desde el principio todos los moscones del barco habían zumbado á sus oídos, sin que ella hiciese caso de ninguno. Ya su indiferencia empezaba á parecer virtud y granjearse el aprecio de las damas, cuando apareció en el hueco que quedaba en su misma mesa aquel joven alemán de cabeza de gallo, con plumas rojas y erizadas, cutis lechoso y ojos de agua.

Cuando pasaron á tomar el café en el salón iba apoyada en el brazo del alemán y ya no se separaron más. Se les veía juntos á todas las horas del día en el salón ó paseando sobre el puente y de noche paseando por los lugares más obscuros y apartados, con una impudicia tan serena que parecía desafiar la maledicencia.

III

El paso del Ecuador puso una nota distinta en las monótonas horas de navegación.

Aquella noche todo el barco se había vestido de fiesta. Se habían izado banderas y gallardetes en los mástiles como si fuesen á entrar en un puerto, y el comedor estaba deslumbrante de cristalería, de búcaros enflorados y lamparitas con pantallas de colores en todas las mesas.

Aquel día se obsequiaba á los pasajeros con un menú extraordinario, de cuenta del Comandante, bajo cuyos auspicios se organizaba una fiesta, poniendo á contribución todos los elementos disponibles.

Habría discurso y poesía por el Capellán de abordo, un argentino de la provincia de Córdoba, gran orador y poeta.

María Luisa y su hermanita Julieta tocarían el arpa y el piano.

La señorita americana necesitaría los poemas de Santos Vega y Martín Fierro; dos jovencitas andaluzas, que iban en tercera clase, cantarían las sevillanas y las dos bailarinas, á las que ya las damas admitían de buen grado para que las divirtieran, bailarían el tango y la matchicha con toda la delicadeza que el caso requería. ¡Una verdadera fiesta! A cuyo final el

Comisario hizo saber á la concurrencia que por lo escaso del pasaje no se había celebrado la rifa habitual, cuyo importe se destinaba á las familias de los náufragos, y á beneficio de los músicos que amenizaban la travesía y les invitó á depositar su ofrenda en el pañolito perfumado de la *dama de los gorros* la cual imploraba sonriendo, con unos labios muy rojos y unos dientes muy blancos, los auxilios de la caridad.

La recolecta fué abundante. La mar hacia á los hombres comprensivos y generosos. Sólo el joyero catalán salió del salón antes de que llegase la postulante, siempre acompañado de su obesa señora, que no había separado de su rostro la celosa mirada durante todo el espectáculo.

La dama del traje negro no había asistido á la fiesta. El argentino, sustituído en el afecto de la voluble Celia por un banquero bilbaíno, fué á buscarla sobre cubierta.

—Contempla usted el cielo de mi patria, señora.

—No. Me entretenía contemplando la alegría de esa pobre gente de tercera. Les han repartido un rancho extraordinario, un poco de vino, fruta... y ya se creen en posesión de la fortuna. Así han saludado cantando y bailando ese nuevo mundo en el que tanta amargura ha de aguardarles.

—Tienen razón, señora, América es rica y generosa. Vea usted, señora, cómo este cielo es ya más brillante que el que dejamos, y cómo esa linda Cruz del Sur parece hecha de brillantes.

—Es un cielo más bajo éste, más pesante —respondió la dama— un cielo que comprendo que á usted le regocije, pero que á mí me apena. Yo he llorado al perder de vista la estrella polar del Norte. He llorado al entrar en un nuevo mundo, porque siempre el mundo se saluda con lágrimas.

Y como viera que su interlocutor no era capaz de comprenderla preguntó variando de tono.

—¿Se han divertido ustedes mucho?

—Ha estado todo muy bien. El Padre Anselmo ha *labrado* (1) un lindo discurso y unos lindos versos con esa voz de canto que tienen nuestros cordobeses. Es un hombre *muy bien preparado* (2).

—¿Qué ha dicho? —volvía á preguntar la dama haciendo un esfuerzo por no manifestar el cansancio que la conversación le causaba.

—Ha sido un saludo á América, ahora que nuestro barco tiende la pierna al otro lado del Ecuador, con su media de seda de espuma blanca.

—¿Y los versos?

—Lindos. Ya le he dicho que este capellán es de *familia bien* (3); está bien *preparado*.

—¿Y las señoras?

—No he mirado á nadie. En ese punto vamos mal. Las pocas que valen algo están acaparadas y usted, la interesante, la linda, no hace caso de nadie, nos desdeña, nos desprecia.

—Nada de eso... es mi carácter, tal vez mi defecto.

No olvide usted que yo soy corta de vista y esto influye sobre mi vida toda; me hace extraña á muchas cosas; me ofrece concepciones tal vez falsas, pero enteramente personales; mías. Me aisla en un mundo que se hace contemplativo y al cual me aficiono más cuando más me acostumbro á mirar para dentro.

—¿Tan mal le parece nuestro mundo?

---

(1) Americanismo, compuesto.
(2) Muy culto.
(3) Familia distinguida.

—De ninguna manera. Mi cortedad de vista lo embellece todo, funde las líneas, dulcifica los colores, aumenta los tamaños. Ustedes ven siempre el paisaje con la dureza de la claridad del sol; yo lo contemplo con la luz rubia de la luna y hasta esa luna, hasta ese cielo, hasta esas estrellas de que usted me hablaba antes y que usted verá como clavitos dorados clavados en el azul, yo las veo grandes, titilantes, inciertas, como luces en el infinito.

Y como el argentino no supiera qué responder añadió riendo.

—Estamos en distintos planos, amigo mío, usted piensa en el puerto á que vamos á llegar y yo no quiero olvidar el puerto de donde salí.

Le hizo un saludo y fué á encerrarse en su camarote.

—Yo no he visto gente como estas españolas — exclamó desconcertado —. ¡Qué ricos tipos! No saben hablar más que tonterías y les interesan más las estrellas que *la plata*. Son un pueblo atrasado.

Y empezó á pasearse sobre cubierta recitando entre dientes los versos de su poema primitivo Martín Fierro, al que él llamaba pomposamente la *Odisea de la Argentina*.

Entre tanto, el buque, seguía su ruta interminable, dando la sensación de no poder detenerse jamás, como si corriera rápidamente cuesta abajo. En el salón desierto brillaban las luces alumbrando el desorden de los muebles y de los vasos y botellas vacías y de la cubierta inferior subían los ecos de la fiesta de los emigrantes, como si saliera del fondo de las olas, con la melancolía del rasgueo de la guitarra y de la copla lenta, y el ¡olé! de las voces ronquizas que la coreaban.

IV

Después de esta ligera expansión la vida volvió á tomar su curso habitual. De vez en cuando cruzaba un barco á lo lejos, diciendo su nombre con las señales de sus luces ó de sus banderitas; alguna ballena lanzaba cerca del buque su surtidor de agua clara ó los delfines daban el espectáculo de sus saltos y alegres cabriolas, cerca de la borda, para alcanzar los desperdicios de comida que arrojaban y divirtían al pasaje de tercera, el mas cercano á ellos, con sus saltos y coletazos, como perrillos hambrientos y juguetones.

Habían pasado la zona de las aguas amarillentas y de las aguas verdes, tendidas durante toda la travesía como una alfombra á sus pies. El cielo les había ofrecido toda la gama de sus colores, toda la poesía de las puestas de sol que incendiaban el horizonte con sus oros vesperales. Las nubes se les mostraban con sus miles formas cambiantes y las noches espléndidas y serenas, reflejaban el manto de fuego del mar de sargazo, en el que vivía un mundo de espíritus inquietos y brillantes, que subían á la superficie para jugar en torno del barco deshaciéndose en chispas de oro.

La calma continuaba, la belleza perfecta, cansaba á todos. El viaje se hacía desesperadamente largo, interminable, suicida. Sólo los enamorados parecían no notar el paso del tiempo, ni en lo que tenía de monótono, ni en lo que tenía de breve.

V

—¡Tierra! ¡Tierra! ¡Es Santos!

Todos los pasajeros estaban sobre cubierta. Aquella población del Brasil era la primera tierra americana que se ofrecía á su vista, la primera tierra para satisfacer los ojos hambrientos de ella, de su solidez, después de tantos días de contemplar la superficie movible y llana, la primera tierra que parecía darles la bienvenida con su aspecto de placidez en las avanzadas del mundo nuevo.

Todos los pasajeros contemplaron el paisaje de nacimiento de la ciudad tropical, casitas bajas, tendida al pie de las colinas azuiosas y pizarra, envuelta en una bruma tenue, que se iba perdiendo á lo lejos, mientras el barco avanzaba por el largo canal, siguiendo paciente la ruta que el práctico le marcaba.

—Aquí tenemos que detenernos para que desembarque una parte del pasaje— dijo el comandante—. Los que quieran visitar la ciudad pueden hacerlo.

La noticia fué acogida con alegría. Había una voluptuosidad en saltar á tierra. Una sensación en los pies semejante á la del paladar cuando se tiene sed. Un deseo de pisar en firme, de reposar más horas.

El tablón de anuncios comunicaba que el barco se detendría siete horas. Mucho más de lo que en un principio se esperaba. Un atraso para el término del viaje.

Nadie se explicaba el por qué; hasta que se extendió la noticia, de aquel modo misterioso con que se disculpaban las noticias en el barco, sin saber de dónde salían; brotando de una confidencia, de un secreto, para extenderse después de oído en oído como un reguero de pólvora que marca la huella y no se sabe en qué punto fué encendido. Aquella mañana habían encontrado cinco emigrantes desmayados por efectos del cloroformo, aplicado en dosis tan exagerada que alguno parecía expuesto á no volver en sí. Todos tenían cortados los bolsillos de donde los ladrones, mezclados con ellos como compañeros durante toda la travesía, les habían robado los escasos ahorros que habían de servirles en los primeros días de miseria. Los lamentos de las mujeres, los gritos de los hombres y los lloros de los chiquillos, formaban un barullo ensordecedor.

El que el robo hubiera ocurrido en la víspera de la arribada á Santos hacía suponer que los ladrones se proponían desembarcar. Las autoridades del barco emprendieron la dura tarea de registrar los sucios petates y las personas que desembarcaban, empezando un número de escenas repugnantes.

El barullo alrededor del barco ensordecía. Se había dado orden de que sólo el pasaje de cámara pudiese desembarcar. Muchas familias de emigrantes que esperaban el paso á la llegada de los suyos gritaban sus nombres con desesperación desde el puerto, y los gritos del barco les respondían con un anhelo no menos desgarrador. Una porción de barcazas, comercios ambulantes, se atracaban á la proa levantando en lo alto de los remos cestas de palma en las que ofrecían las mercancías y verificaban los cobros. Había todo un bazar ambulante: gorras, bufandas, zapatos, pañuelos, baratijas y sobre todo los racimos de plátanos, las amarillas y perfumadas ananas y las fresas, frutas tropicales, ofreciéndose como besos de frescura á los ardientes labios de los pasajeros.

Y cerca de todo aquello, hacia la popa,

para servir de diversión, las barquitas con negros sin más vestido que el taparrabos de color brillante, que se chapuzaban en el agua para sacar las monedas arrojadas desde el vapor, con gran regocijo y algazara; aunque este juego no tenía en la fangosa bahía de Santos el interés y el peligro de la costa de Guinea, donde los negros de Dakar, con sus cuerpos charolados y bruñidos, con un charol de hipopótamos, les habían dado la sensación de aquel juego obligado en todo país de negros.

Los pasajeros de primera clase, sufrieron un momento de desconcierto. La tierra venía á turbar su vida, su intimidad. Los más unidos se veían algo separados. ¿Con qué títulos podían ir juntos á la ciudad? Hubo un cambio de fórmulas hipócritas.

—¿Quiere usted que le acompañe, señora?

—Yo también voy; si usted quiere podemos ir juntos.

—Yo iría si tuviese quien me acompañase.

Una hora después todos los pasajeros de cámara habían saltado á tierra, mien-

tras los emigrantes seguían su lento desembarco, vejados por la humillación del registro, con sus miserables fardos al hombro.

—¿Pero, decididamente, quieres quedarte, Elisa? —preguntaba Raúl á la preciosa rubia—. ¿Por qué esa cobardía? ¿Por qué has de condenar de este modo nuestro amor?

—Ese hombre va siguiendo mis huellas, pasará por aquí sin detenerse, llegará á Buenos Aires; si estuviese allí me encontraría.

—Tienes miedo; ¿dudas de que yo te sabría defender?

—No, no tengo miedo de que me haga ningún mal. Tengo el de causárselo yo á él.

—Pero ¿y yo? ¡Yo, que te amo tanto! ¿Por qué no has de ser piadosa conmigo?

—Porque la piedad en una mujer como yo, está en no querer hacerse amar. La artista tiene que dejarlo todo, que sacrificarlo todo para entregarse al amor, y el dilema es terrible, amigo mío.

—¿Pero valen todos esos triunfos que os rodean lo bastante para sacrificarles lo que puede haber de sólido y duradero, de cierto y de entrañable en una intimidad perfumada?—preguntó él con apasionamiento.

—¡Quimeras! —respondió ella con tristeza.

—La quimera está en tu cabeza, Elisa mía, yo no te pediría jamás que renunciaras á nada.

—¡Niño! —exclamó ella con ternura—. El ser tan niño te libra de tener aún maldades de hombre.

Acababan de salir del café, después de saborear el delicioso café brasileño y subieron en un automóvil.

—¿A dónde, excelencias?

—Donde quieras. A ver lo más bello de la población.

—¿De qué tiempo disponen, excelencias?

—Cuatro horas.

—Entonces á la playa.

Raúl se recostó sobre Elisa como un niño. Ella sentía la ternura de aquel amor tan ingenuo que la engañaba con su misma ingenuidad, que la envolvía y la acariciaba como una cosa infantil y exenta de peligros.

Corría el automóvil por una calle larga, una calle de cromo, con hotelitos blancos de persianas verdes, llenas de balcones y azoteas, con esa arquitectura simple y atrayente de los países tropicales, y cruzaba huertas llenas de plantas de tabaco, con sus cañas erguidas y sus anchas hojas, cerca de chozas de paja á cuya puerta se veían figuras de negros con trajes de colores chillones y rostros grotescos. Los bosquecillos de palmeras parecían estudiadamente colocados en el paisaje. Eran unas palmeras muy altas, de tronco fino, brillantes, con penacho de hojas cortas rectas y verdes. Palmeras estériles sin dátiles, en cuyos troncos no crecían hojas ni ramaje, y que se aparecían siempre en grupos, como si temiesen la soledad con aquel tronco tan alto, tan liso, tan delgado. Unas palmeras distintas de las europeas, palmeras de paisaje americano, tal como se ve en las decoraciones de los teatros.

Y de pronto, después de la ciudad vulgar y del paisaje amanerado se abrió ante sus ojos el espectáculo incomparable de aquella playa, dorada, amplia, serena, de aguas de plata por entre las que chapoteaba el automóvil para internarse y perderse entre las mil islillas verdeantes y floridas que formaban como una Venecia, todo jardín, en aquel mar transparente.

Luego, al salir de nuevo á la gran explanada, otro automóvil apareció delante del suyo.

—Allí van las señoras americanas.

—Mira en aquel otro á María Luisa con su padre y su hermana.

—Allí va la señora morena con el alemán.

—Y la *niña de percal* en aquel otro con su padre.

—Celia no pierde el tiempo. Va con el empresario. *Manos de elefante* y su nuevo amigo el bilbaíno.

—¡Qué solo va el argentino en su auto!

—Lo hará para darse más importancia de que le cuesta *buen argento*.

Los demás viajeros los habían visto á ellos. Se saludaban todos con algazara, con afecto, casi con amor. Era un fenómeno raro, quizás un milagro de aquella naturaleza majestuosa y plácida el que todos aquellos viajeros tan distintos, tan hostiles en el fondo, tan cansados unos de otro, que en lo más íntimo de sus corazones estaban deseando no volverse á ver; se saludaron con alegría fraternal:

—Esto es grandioso.

—Divino.

—Admirable.

—América se anuncia de un modo maravilloso.

Pero no había que olvidar que era la hora de volver al barco.

. . . . . .

Aquella noche, cuando se emprendió de nuevo la marcha, todos parecían más tristes, más abatidos, más resignados; algo así como los prófugos que son detenidos en medio de la tentativa de evasión; y muchos de ellos, al entrar en su camarote, envidiaban la suerte de aquel centenar de personas astrosas que se habían quedado en el puerto.

VI

—Qué cerca estamos de Buenos Aires —decía el alemán á la bella morena—. ¿Me cumplirás tu palabra de no reunirte con ese hombre que te espera?

—¿Puedes dudarlo?

—No; pero siento terror al pensarlo. Estos días me han unido á ti para siempre. Piensa que ese hombre no te ama lo que yo. Que él te abandonó egoistamente para casarse y que te llama ahora porque te necesita para su placer y que no se puede reunir así, en su egoísmo, el interés de su vida de negociante y el amor que no merece. Hay que renunciar á una cosa ó á la otra.

•

—No me has podido acompañar hoy á tierra —decía la pianista al músico. Todo me ha parecido triste y sin armonías. América va á ser para mí un lugar de duelo.

Una lluvia de besos apasionados le cortó la voz de la niña, que no se volvió á escuchar hasta que pasada una hora su hermanita Julieta la llamaba.

—María Luisa ¿dónde estás? Papá ha terminado la partida y te busca para acostarnos.

•

En el Bar seguían resonando las voces de las bailarinas y de sus compañeros de juego.

—¿Por qué no has querido venir esta noche á nuestras butacas del puente, Elisa? —preguntaba Raúl—. ¿Por qué no me has hecho caso y has prestado tanta atención al argentino? ¿Qué queja tienes de mí?

—Déjame en paz —respondió ella con brusquedad tirando el cigarrillo—. Me has hecho cometer la primera torpeza continuando el viaje. Eres más peligroso de lo que creía y no quiero seguir cerca de ti.

—No te conozco, Elisa, me matas hablándome así.

—No seas sentimental. Ya sabes tú por experiencia que cuando se acaba el amor seguimos viviendo.

—Pero yo no quiero que me hables así, yo no quiero oir en tus labios ese cinismo canalla, exclamó él exasperado.

—¿Me insultas?

—Sería capaz de pegarte.

—No estás bueno. Vete á dormir.

Le volvió la espalda y se entró en su camarote.

—Manuela, Manuela.

No le respondía nadie. Tocó el timbre y acudió un camarero.

—Mi doncella. Pocos minutos después apareció la criada, con aspecto cansado y soñoliento.

—No pensaba que la señorita se acostase hoy tan pronto.

—Desnúdame y vete.

Al cerrar la puerta en el fondo del pasillo se distinguía la figura del anciano padre de la *niña de percal* que aguardaba ansioso entre las sombras.

El joyero catalán paseaba del brazo del argentino.

—Qué le parece el abuelo. Gastándose el dinero con la *mucama* (1) y sin hacer caso de la hija.

(1) Argentina criada

—Podría aprovecharse.

—Me da usted una idea, mi amigo; la niña es un quesito. Voy á *enfocarla los miradores y afilarla* (1) un poco. Suelen ser deliciosas esas niñas que no se saben vestir ni peinar. *Acompáñame si vos quieres* (2).

—No puedo; mi mujer no me ha dado más que un cuarto de hora para desentumecer las piernas y se pondría furiosa si tardara.

—Entonces (3) párate y camina.

—Que me digas luego si la niña te lleva (4) el *apunte*. Es un gran partido.

VI

—El golfo de Santa Catalina se anuncia mal.

—Eso es casi inevitable en todos los viajes.

—¡Esta costa del Brasil!

—Si nos aprieta un *pampero*.

—Vamos á tener que bailar.

Casi todos los pasajeros acudían ansiosos de consuelo al cuadro que se ponía á las doce cerca de la puerta del comedor.

Aquel día el índice era desconsolador:

Millas recorridas. . . 300
Mar. . . . . Muy movido

Por fortuna la línea de las banderitas cubría ya toda la ruta, un par más y llegarían al deseado puerto.

(1) Mirarla y hacerla el amor.

(2) Argentino que hace los versos agudos y emplea el *vos* como *tú*.

(3) Levántate.

(4) Si te hace caso.

Pero por momentos se iba encapotando el cielo y encrespando el mar. Las aguas se rizaban, se alzaban en montecillos, corrían sobre su misma superficie y se rompían por sí solas en crenchas de espuma blanca, como si chocasen con un obstáculo duro é invisible.

El *pampero* (1) silbaba implacable entre los palos y el cordaje y las aguas parecían despertarse, encabritarse y enfurecerse á su paso.

Cada vez los montes de agua se elevaban más; olas furiosas venían á chocar contra el casco del buque. Jugaban con él ofreciéndole una carrera de obstáculos; cumbres escarpadas que saltar y barrancos aterradores, profundos, negros, sin fondo, abiertos á sus pies. Era como una especie de lucha entre la ola y el barco; él esforzándose por saltar sobre sus crestas, y ellas jugando, coquetas y terribles, por cubrirlo con su mole, que parecía pesada y endurecida como un golpe de maza sobre su lomo. Bien pronto el grandioso transatlántico se asemejó á una de esas tablas desechas con que juegan las aguas en las playas acercándolas y separándolas de la orilla.

El comedor ofrecía un aspecto desolado, con las luces encendidas, las mesas cubiertas por aquellos aparatos de cuerda y madera que sujetaban vasos, platos y cubiertos, y que los camareros llaman pintorescamente *los violines*. La precaución era inútil. Los pasajeros, poseídos de pánico y presas del mareo, estaban en los camarotes; los más valientes se habían retirado los últimos agarrándose vacilantes á los barandales con paso de beodos. El espectáculo del mar era imponente; respondía como un espejo al cielo encapotado y todo cubierto de nubarrones espesos, densos, bajos, mezclados con las aguas hasta el punto de que cuando el relámpago hacía un desgarrón en sus profundidades no se sabía si rasgaba el mar ó los cielos, y el trueno se reproducía, seco, estridente, ensordecedor, metálico, repercutiendo en todos los ámbitos del horizonte á un tiempo mismo.

Todos los viajeros temblaban en su camarote, presos del tormento del mareo, rendidos de cansancio, aturdidos y adormilados por aquel movimiento violentísimo y aquellos ruidos espantables, terroríficos, que se hacían más agudos, más temerosos en la caja de tablas, que tomaba más apariencia de nicho que de estancia.

Los que no se mareaban permanecían acostados, sin poder conservar el equilibrio entre aquel molesto balanceo.

María Luisa, pretextando su mareo, permanecía tendida cerca de su hermana Julieta en el diván del salón, con la secreta esperanza de ver al músico, el cual no podía salir de su camarote.

La desolación del pasaje de tercera era aterradora. El lugar que ocupaban habitualmente sobre cubierta estaba empapado de agua y los hombres encerrados en su cuadra y las mujeres en la suya, gemían y lloraban entre rezos, lamentos ó maldiciones, hacinados como un cargamento de reses en un lugar inmundo y pestilente, donde el vaho de los cuerpos sudorosos formaba un ambiente espeso y repugnante.

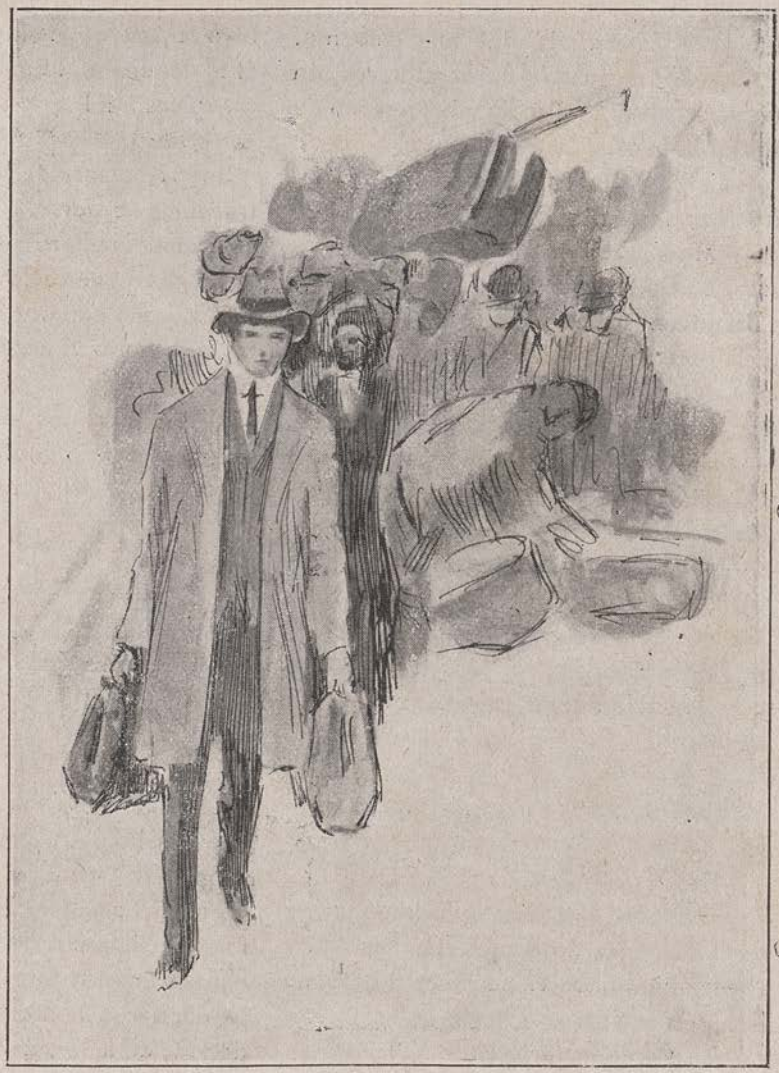
—Llame al médico para el señor del número 38.

Elisa oyó la voz del camarero que trasmitía al otro la orden.

El señor del 38 era Raúl. No lo había vuelto á ver desde la noche en que tan cruelmente lo tratara.

Al día siguiente el joven no subió al

(1) Viento de la llanura Argentina.



comedor y ella lo buscó en vano por el buque. Hubiera podido ir á llamar á la puerta de su camarote, pero un sentimiento de orgullo la detuvo. Comprendía que había hecho mal en tratarlo de aquel modo irritada por la idea de los dolores futuros que la aguardarían en aquella pasión. Así no había hecho más que adelantarlos. Pero después de todo mejor era seguir así. Lo único que la aterraba era la imagen de aquel hombre celoso que corría detrás de ella, envuelto quizás también en la tempestad.

Pero al oir el recado del camarero Elisa se aterró. Raúl estaba enfermo. Aquella noticia venía á revelarle el estado de su propio corazón, el amor inmenso, avasallador que lo llenaba entero. Toda idea de peligro se borró para no pensar más que en el joven. Se levantó vacilante. No tenía cerca ningún vestido y sería inútil llamar á Manuela. Se cubrió con la manta y vestida solo con su pijama de raso amarillo, bordado de rosas blancas, bajó agarrándose de las paredes, casi á gatas, hasta el segundo piso donde estaba el camarote de Raúl.

El médico acababa de marcharse. No era nada; un síncope producido por el mareo y la debilidad. Era preciso que tomase un cordial que le recetaba.

—¡Raúl!

Cuando él abrió los ojos con el eco de aquella voz amorosa, dulce y suplicante, los azules ojos de Elisa demandaban su perdón.

—¡Toma!

Le levantó la cabeza y vertió entre sus

labios la cucharada del medicamento.

El rodeó su cuello con los brazos, en un gesto de niño díscolo y le presentó de nuevo la boca.

—Calla —dijo ella, besándolo—, calla, mi vida; ponte bueno.

—¿Me quieres?

—Mucho.

El joven sonrió y cerró de nuevo los ojos, pero bien pronto una brusca oscilación del barco se los hizo abrir espantados. Elisa estaba cerca de él, tan bella, tan angelical como si le augurase un buen presagio. La contempló un momento en silencio.

—Ese traje... (hizo un gesto de disgusto). Tendrás frío.

—No. Pero tienes razón, no es este mi traje de enfermera, mi niño; yo quisiera tener ahora un traje negro... un traje de madrecita...

—Eso.

Volvió á rodearle el cuello con los brazos.

—Deja.

Le depositó la cabeza en la almohada y rápidamente se despojó de la chaqueta y el pantalón, envolviéndose en la sábana como en una túnica griega.

—Te siento mejor así.

Le estrechó contra su pecho con su brazo desnudo y le cubrió la cabeza con sus rizos rubios, repitiendo amorosa:

—¡Calla!

La tempestad parecía arreciar. Era cada momento más terrible el crujir de las maderas, de los herrajes; como si las tablas combatidas quisieran desasirse para seguir con más libertad aquel juego de las aguas. Sentían al barco vivir, encabritarse como un potro que recibe en su vientre el dolor de la espuela, saltar, sumergirse, inclinarse de proa ó de costado y en algunos instantes permanecer inmóvil bajo el peso de la ola que, saltando sobre él lo dominaba, lo aplastaba.

—¡Dios mío!

—¡Dios mío!

Se apretaban el uno contra el otro, transidos de terror.

—¿Habrá peligro? —se preguntaron.

Ninguno se atrevió á contestar. Un nuevo salto del barco y un golpe seco dado en la cubierta vinieron á aumentar su pánico.

—Si rezásemos —propuso ella—. El Trisagio tiene la virtud de calmar las tempestades... pero yo no me acuerdo...

«Este trisagio sagrado...»

—No, no es eso...

«Angeles y serafines
dicen Santo, Santo, Santo.»

—Sí, es así.

«Padre nuestro...»

La oración se cortó en sus labios; un nuevo salto del vapor parecía hacerle resurgir del abismo, y mientras se sostenía en alto para precipitarse de nuevo en su fondo, los brazos de Raúl la ciñeron con extraordinario vigor; sus labios de fruta se apretaron contra los suyos. Un deseo de vida de amor, de locura, vino á dominarlo todo, hacer olvidarlo todo, con una voluptuosidad de mar y de muerte, imperiosa y punzante... una oración de vida se elevó desde aquel pobre barco, combatido por la muerte, como un sacrificio para aplacar á la madre naturaleza.

VII

—¡Hace un hermoso sol!

No quedaban huellas de la pasada tempestad. Viendo aquella superficie plana,

cenagosa del Río de la Plata los terrores de la noche pasada parecían un sueño.

Los pasajeros, pálidos, ojerosos, amedrentados, iban apareciendo en cubierta.

Elisa se apoyaba triunfante en el brazo de Raúl, con su vestido blanco y azul.

—Me he vestido de novia —le decía tiernamente—. Es la primera vez que amo, que resisto, que cedo. El amor trae consigo una nueva virginidad.

Y en un desbordamienro de su pasión miraba con lástima á todos los que la rodeaban, como seres incapaces de llegar á la felicidad que experimentaba.

Las damas americanas hablaban con el argentino ponderando el peligio que habían corrido y los terrores que habían experimentado, felices, quizás, de tener al fin algo que contar de su viaje.

—Hay aquí tanto *guaso* (1) que es una dicha el llegar —decía la más anciana.

—Las únicas que lo han pasado bien son esas *atorrantes* (2) que han armado *bochinche* (3) todas las noches en el Bar, añadió la otra—. Usted se habrá aburrido también bastante.

—¿Cómo no? Estoy ya *abatatado* y deseando llegar.

—Pues algunos lo van á sentir de veras.

—*¡Lindos tipos!*

—Creo que se equivoca usted. Esas parejitas de tórtolas que llevamos á bordo no se dan cuenta de las distancias.

Así era en efecto; la noticia de la llegada á Buenos Aires vino á sorprenderlos dolorosamente.

—¡Hemos llegado!...

Aquella frase era el despertar de un sueño.

Miraban, sin darse cuenta de ello, las fangosas aguas del inmenso río, tendidas á los pies de aquella gran ciudad, extensa, plana, incolora, de cuya grandeza daba idea el puerto lleno de barcos que formaban una selva de mástiles y cordaje, al través de la cual se distinguían los edificios cercanos, entre los que se destacaba el inmenso almacén de carne humana que había de servir de albergue á los emigrantes.

En un momento pareció que toda la vida del barco había cesado, que todo se había desvanecido. Era una invasión de ideas, de sentimientos nuevos, la realidad de una nueva vida que se imponia.

Los pasajeros corrían todos á ocuparse de sus equipajes, y en cuanto la escala estuvo tendida, en cuanto las tablas del barco les unieron á la tierra, todos corrieron á ellas sin tomarse el tiempo de dar su dirección, sin saludarse, sin despedirse siquiera.

El maestro de música había abrazado con entusiasmo á su mujer y á sus hijos; Raúl, iba embriagado de felicidad entre su madre, su prometida y sus amigos; y la dama de los gorritos se apoyaba en el brazo del amante que la esperaba con la misma ternura que se había apoyado en el brazo del alemán.

—Che ¿qué le parece Buenos Aires? —preguntó á éste el argentino—. Venga, venga y le acompañaré á un buen hotel en mi misma cuadra.

¡Era el más consecuente de todos!

Un grupo de damas conducía á María Luisa que lloraba desconsoladamente.

—¿Qué le sucede? —preguntaba burlonamente la catalana.

—Son los nervios —respondió su padre con convencimiento— la emoción de la llegada.

—Pareces una estúpida, Elisa —decía Celia á su amiga—. ¿Vienes ó no? Ya te

(1) Mal educado.
(2) Perdidas.
(3) Jaleo, barullo.

dije que hubieras hecho mejor en marcharte á Río Janeiro.

—¿Es igual? Me reuniré con Marcelo. Pasión por pasión. ¿Qué más da? ¡Todos son lo mismo!

Se detuvo un momento en lo alto de la escala, tendió la vista hacia la ciudad á la que corrían todos los compañeros súbitamente olvidados de los días del viaje, la reposó en el grupo de emigrantes que recibían al llegar su primera decepción.

—¿A qué venís?

—¡No hay colocación!

—¡Estamos catorce mil obreros sin trabajo!

—¡Nos tratan como á perros!

—La crisis arruina á este país.

Y luego volviéndolos al barco lo contempló un momento con ternura. Aquellas tablas habían sido durante unos días su casa, el nido de una ilusión inolvidable, su defensa contra el peligro. Por un momento dudó si tenerle rencor ó agradecimiento por haberla llevado al puerto. ¿No sería á veces más piadoso el naufragio que el término del viaje? Una sonrisa bondadosa de *la dama del traje negro* que pasaba severamente á su lado respondió á este pensamiento.

—¡Pobre barco! —murmuró—. No es suya la culpa, hemos querido vivir su vida, la vida del barco; y no hemos sabido resistir la sugestión del mar para seguir viviendo, como siempre, nuestra vida: La nuestra.

Carmen de Burgos
Colombine

Ilustraciones de Bartolozzi.

PRIMOROSAMENTE ENCUADERNADAS, CON LUJOSAS TAPAS
ESTAN PUESTAS A LA VENTA COLECCIONES DE «EL LIBRO POPULAR»
DEL AÑO 1912 Y DEL PRIMER SEMESTRE DE 1913 CONTENIENDO
CADA UNA |DE ELLAS VEINTICINCO NOVELAS COMPLETAS

Precio de cada colección encuadernada: 7 ptas.

Tapas sueltas para encuadernar: 1,50 ptas.

Paseo de las Delicias, 60.—Madrid.

Lea usted el

Extraordinario de EL LIBRO POPULAR

SEGUNDA EDICION

La despedida de BOMBITA

POR DON SINCERO **20 cts.** Un comentario de DON MODESTO

En el número próximo se publicará

Entre dos derechos, amor

Novela por JESUS R. COLOMA

Ilustraciones de PEDRAZA

Agentes exclusivos en Sud América, MASSIP Y COMPAÑIA, Rivadavia, 698.—Buenos Aires.

El Libro Popular

Revista Literaria

MARCA REGISTRADA

Publica todos los martes una novela completa é inédita, ilustrada por los mejores dibujantes

Director: ANTONIO DE LEZAMA

NÚMEROS PUBLICADOS

AÑO PRIMERO

1. Infanticida, por Joaquín Dicenta. —2. En las cavernas, por la Condesa de Pardo Bazán.—3. En la Maniguá, por Luis Morote —4. La hora de la caída, por A. de Hoyos y Vinent.— 5. El crimen de la calle de Tudescos, por C. Miranda.—6 Inés de Magdala, por Antonio Zozaya.—7. La Cofradía de la pirueta, por Emilio Carrére.—8. ¡Redención!, por Joaquín Dicenta.—9. Historia del Papa Abdón y de su hermano gemelo, por Antonio Domínguez.—10. La indecisa, por Carmen de Burgos.—11. El náufrago, por Felipe Trigo.—12. El anacoreta, por Sinesio Delgado —13. El caso del doctor Iturbe, por R. López de Haro.—14. La primera mosca, por Antonio Viérgol.—15. El adefesio, por Eduardo Zamacois.—16. El alma inexorable de San Schenudi, por E. Gómez Carrillo.—17. De telón adentro, por Ramón Asensio Mas —18. La Montaraza de la Golosa, por Manuel F. Villegas.—19. La mujer del muerto, por El duende de la Colegiata.—20. La reina no ama al rey, por Eugenio Noel.—21. El sabor de la sangre, por José Francés.—22. A merced del viento, por Angel Guerra.—23. El misterio de los ojos claros, por Pedro Mata. —24. La justicia del mar, por Carmen de Burgos.—25 Una vida, por Javier Bueno.

AÑO SEGUNDO

1. El hampón, por Joaquín Dicenta.—2. El milagro, por Vicente Blasco Ibáñez.—3. El retorno, por Antonio de Hoyos y Vinent.—4. Flérida, por Cristóbal de Castro.—5. El amor de Doria, por R. López de Haro.—6. Del abismo, al amor, por Benigno Varela.—7. Su Majestad, por José Francés.—8 La intrusa, por Manuel Bueno.—9. La araña, por Ramón Pérez de Ayala.—10. El ruso, por Ramón Gómez de la Serna.—11. A los treinta años, por Eduardo Zamacois.—12. La primera de abono, por A. de Hoyos y Vinent —13. Los piratas de los barrios bajos, por E. Noel. —14. Chamberí, por Fuencarral, por Pedro de Répide.—15. Mi Dulcinea, por Carlos Miranda.—16. Tres líneas del «Matín», por Alberto Insúa —17. El obstáculo, por Luis de Val.—18. La piel, por A. Hernández Catá.—19. El robo en la joyería de la calle Real, por Eduardo Barriobero.—20. El caballo blanco, por J. Francos Rodríguez.—21. Su Excelencia, por Pompeyo Gener.—22. Un veterano, por Roberto Molina.—23. El pecado de Claudina, por José Reygadas.—24. La Venda, por Miguel de Unamuno —25. El bisnieto del héroe, por A. Martínez Olmedilla —26. El niño judío, por Angel Guimerá.—27. La señorita Baby, por Eduardo Zamacois. —28. La guapa de Cabestreros, por Fernando Mora —29. El Charrán y Flora la Valdajo, por Eugenio Noel.—30. En memoria de Víctor Bruzón, por Alberto Insúa —31. Noche de juerga, por Alejandro Larrubiera.— 32. Los invencibles, por Felipe Trigo.— 33. La paz del alma, por Antonio de Hoyos y Vinent. 34. Episodios de las guerras de Africa, contados por mi caballo, por Leopoldo Bejarano.—35. Página rota, por Joaquín Dicenta.—36. El Gachó del Arpa, por Vicente Díez de Tejada —37. Los cigarrillos del duque, por Pedro María —38. El sacrificio de un ingenuo, por Gonzalo Morenas de Tejada —39. El bien perdido, por Luis Bruno.— 40. Cambio de conversación, por E. Ramírez Angel.—41. El baile de Panaderos, por Joaquín Dicenta (hijo).—La despedida de «Bombita», por don Sincero (número extraordinario).—42. La retirada del ídolo, por A. Martínez Olmedilla —43. Los dos cenicientos, por José Ferrándiz —44. El Tenorio en Lavapiés, por Joaquín Belda.—45. La cigarra canta..., por Rafael Leyda.—46. En lo mejor de la vida..., por Diego San José.—47. Los tres dolores de María Magdalena, por Cristóbal de Castro.—48. La víctima, por Roberto Molina.—49. El arte de fumar en pipa, por Emilio Carrére.—50. Historia de una peseta contada por ella misma, por Antonio M. Viérgol.—51. El asesinato de Sarah Bernhard, por Prudencio Iglesias Hermida.—52. Vida de un fenómeno, por Eugenio Noel.

AÑO TERCERO

1. El amor, la codicia y la muerte, por Rafael López de Haro.
2. Bajo el sol del desierto, por Isaac Muñoz.
3. Muerte y sepelio de Fernando el *Santo*, por Fernando Mora.
4. De cómo suceden las cosas, por Luis Huidobro.
5. La comida del buho, por Federico Trujillo.
6. El rival, por Alberto Insúa.
7. La carga de Taxdirt, por Víctor Ruiz Albéniz.
8. El crimen de Beira-mar, por Sofía Casanova.
9. Los toreros de invierno, por A. de Hoyos y Vinent
10. El sapo romántico, por F. Mirabent Vilaplana.
11. Malos amores, por Carmen de Burgos.

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A